

Año 3
Número 4
Invierno 2016

Revista de Políticas Sociales

Instituciones, intervención y encuentro con el otro

Ana Arias

Docente de la
Licenciatura en
Trabajo Social,
UNM

anajosefina@live.com.ar

Este breve texto resume reflexiones surgidas en el marco de un trabajo de cátedra que vuelven sobre el siempre relevante problema del encuentro con el otro en la intervención, enmarcándolo en un contexto institucional signado por un declive de las certezas que acompañan la intervención y que complejizan ese encuentro. Los textos que presentan a continuación Noelia Sierra y Celina De Paula se enmarcan en una búsqueda por reconstruir la institución y el vínculo desde otras formas de encuentro con ese otro, desde el cuidado o desde el acompañamiento. Me voy a permitir reproducir algunas ideas sobre la identificación de este sujeto desde algunas discusiones latinoamericanas.

La cuestión del sujeto: el sujeto “otro”¹

El lector encontrará una preocupación especial sobre el tema de la otredad, el “otro” como categoría, y sobre la posibilidad de encuentro con el otro que se puede pensar en la intervención.

Durante los años 90 fue tal nuestro deslumbramiento con categorías que venían especialmente de Francia para describir los efectos de neoliberalismo en los sujetos populares –la exclusión, la vulnerabilidad, etcétera– que dejamos de discutir o hicimos borrón y cuenta nueva de las discusiones que las décadas anteriores nos legaban para entender la otredad en nuestras sociedades. Las lecturas sobre informalidad y marginalidad que

habían construido los dependentistas parecían haber perdido potencia y aún hoy no son suficientemente reconocidas en nuestros estados del arte. Por otro lado, el impacto del neoliberalismo fue (¿es?) tan feroz que parecían quedar minimizadas las explicaciones anteriores. En nuestros diagnósticos, los negros, los villeros u otras categorías nativas despectivas eran discutidas por nominaciones que explicaban que las características de estos sujetos no se debían a sus particularidades, sino al proceso general de deterioro social que los colocaba en un lugar desventajoso. Proponer el cambio de esos etiquetamientos por categorías provenientes de traducciones francesas o norteamericanas (*homeless*, pauperizados, etcétera) tampoco le hizo un gran favor al sujeto, porque el problema no se encuentra en el detalle de su carencia o en la forma correcta de describir su desalineo, sino en el lugar que ocupa como protagonista.

El otro en tanto víctima es tolerable, el problema es cuando pretende decidir. Por eso nos resulta más sencillo encontrar descripciones sobre nuestros sujetos en tanto carentes que en tanto impulsores de modelos, de estilos, de servicios en las instituciones. Desde las ideas desarrollistas sobre el problema de las necesidades sentidas o reales tenemos el dilema de pensar cuáles son las demandas propias que, no en categoría de víctimas, sino en categoría de sujetos, quieren y construyen las personas con las que trabajamos.

Alfredo Carballeda plantea una relación del otro con la violencia, o mejor dicho la violencia de la construcción de la otredad colonial. ¿Nuestra ignorancia de la presencia de este otro no es violenta? ¿Ubicar al otro sólo como víctima no es violento? Quizá en un momento de tanta pérdida o de resistencia como fueron los 90 tenía cierta potencialidad política, pero puede ser totalmente servil a los planteos neofilantrópicos que tan bien combinan con el neoliberalismo.

1. Un desarrollo más amplio de estas ideas se encuentra en el prólogo realizado por Ana Arias para el libro *Trabajo Social y Descolonialidad. Epistemologías insurgentes para la intervención en lo social*, compilado por Paula Meschini y María Eugenia Hermida y editado por la editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

Dusell, en su propuesta de la otredad radical plantea la necesidad de superar la idea de la igualdad por la de alteridad, en tanto la idea de igualdad plantea la inclusión en “lo mismo”. El otro es tratado como igual y negado en tanto otro. Es otro y no una versión maltratada de mí y entonces es víctima. Sólo en tanto otro es sujeto. Esto es importante porque incluso para quienes se presentan pensando dentro del paradigma del “sujeto de derechos” parece quedar olvidado que el otro en tanto sujeto es un “otro”. Podemos escuchar ideas restauracionistas de la idea de derechos (“se le devolvieron derechos”, o directamente “le dieron derechos”) en donde siempre el que tiene capacidad es el que da –el Estado en muchos casos– y donde los sujetos populares aparecen sin voz, sin potencia. Quienes transitan estas explicaciones de un derecho que se “da” también pierden la oportunidad de preguntarse acerca de qué espera o qué quiere este otro, como si la definición de derecho fuera una potestad que no tiene.

Las explicaciones que se enojan con los sujetos que no verbalizan (¿no viven?) los derechos “como corresponde” caen fácilmente, aunque con lenguaje progresista, en una descalificación del otro como sujeto. ¿Puede querer otra cosa? ¿Puede elegir definirla de otra manera? Si contestáramos sinceramente a estas preguntas que sí, esto no querría decir que debamos convertir su palabra o sus deseos en verdades absolutas o inquestionables, pero sí quiere decir reconocer al otro con posibilidad de voz, con posibilidad de verdad y no sólo como una expresión deteriorada –en tanto víctima en este caso de falta de conciencia. Se trata de pensar que también hay un sentido “otro”.

Estoy más que segura que la opción neoliberal que se abre en la región lejos estará de suponer un avance en términos de derechos de los sectores populares. Estoy más que segura que asistimos a un retroceso de los procesos populares. De la misma manera que también creo que si no somos capaces de escuchar cuáles son los cuestionamientos que se realizan en los sectores populares a nuestras acciones políticas y especialmente al modelo de política social que se desarrolló en la región en la década pasada, poco será lo que podamos avanzar en clave liberadora.

Si el otro es sólo víctima –del neoliberalismo, del patriarcado o incluso del colonialismo– no hay nada que traducir. Si el otro es sólo víctima, hay que dirigir la mirada y las acciones hacia los que infligen el daño, la violación o el no reconocimiento de los derechos. Si el otro es –además de víctima– un otro, hay que poder escuchar, mirar, reconocer, traducir y –fundamentalmente– pensar, además de denunciar y

luchar contra los intereses agresores. En esto Fanon, Freire y Kusch, por citar sólo grandes referencias, explicaron que si la pelea se da en los términos del opresor, la solución también será en esos términos.

El otro y la historia del Trabajo Social

¿Qué tuvo que ver este otro con el Trabajo Social? Provocativamente planteado, el Trabajo Social argentino y latinoamericano tiene algo de “los negros” o es sólo construcción crítica de blancos sobre el lugar que ellos mismos generaron como estrategia de dominación. Siempre me ha llamado la atención la falta de reconocimiento de los aportes de otras formas de práctica social a la historia disciplinar: por ejemplo, la protección comunal de los caudillos de las provincias, el trabajo de las asociaciones de inmigrantes, o las maneras de intervenir sobre la desigualdad de la Fundación Eva Perón. La denegación del estatuto de “antecedentes históricos” de la disciplina para estas prácticas dificulta la recuperación de su impronta. La falta de escritura de algunos de los protagonistas de estas formas de trabajo seguramente dificulta la tarea, pero quizá recuperarlas y ver si algo nos han legado suponga hacer justicia. Si en el mismo período histórico en que las damas de beneficencia entregaban los premios a la virtud las asociaciones de inmigrantes realizaban apoyaturas a sus recién llegados compatriotas, para las que tenían que organizar distintas formas de asistencia, ¿por qué sólo una experiencia es parte de nuestra historia oficial de la disciplina? ¿Por qué sólo una tenía apoyatura estatal? ¿El Trabajo Social de hoy no aprendió mucho de las formas de trabajo de las organizaciones territoriales? Intuyo que revisar el estatuto de antecedente de muchas de las prácticas populares de intervención social puede ayudarnos a pensar cómo somos hoy como disciplina construida también por los aportes de las distintas expresiones populares.

Si los otros ocupan otro lugar, entonces también nuestras herramientas y nuestras metodologías ocuparán otro lugar. Terminadas estas diatribas, proponemos a nuestros lectores dos propuestas para nutrir el análisis de nuestro vínculo con este otro: el acompañamiento y el cuidado.